



LETICIA BLANCO

En 1990 Maggie O'Farrell acababa de cumplir 18 años. Era una de esas chicas que se quieren comer el mundo, sin miedo a lo desconocido y con una confianza ganada a base de muchas aventuras, alguna que otra locura adolescente y un par de clases de defensa personal. Un día estaba de excursión, sola, paseando por el campo, cuando un desconocido la abordó. Lo hizo con una extraña combinación de mirada lasciva y sospechosa amabilidad, ese tipo de comportamiento que hace saltar todas las alarmas en las mujeres. Ella disimuló el miedo y manejó como pudo la situación. Se imaginó lo peor cuando el desconocido se acercó demasiado y le pasó por el cuello la correa de sus prismáticos para que pudiera ver a los patos en el lago. Logró llegar al final del camino sana y salva, aunque aterrada ante una violencia no explícita pero evidentiísima.

Asustada, fue a comisaría, donde el policía de turno se tomó a broma que O'Farrell intentase denunciar a un tipo por haberle dejado ver unos patos por sus prismáticos. Dos semanas después, otra chica no tuvo la misma suerte y murió a manos del desconocido de los prismáticos, en la misma montaña. Tenía 22 años, era de Nueva Zelanda y estaba viajando por Europa de mochilera. «No exagero si afirmo que me acuerdo de ella muchas veces, si no todos los días. Soy consciente de la vida que le cortaron, la vida que le amputaron, mientras yo, no sé por qué motivo, pude seguir con la mía», escribe Maggie O'Farrell en *Sigo aquí*

(Libros del Asteroide, L'Altra en catalán), una suerte de memorias hilvanadas por diecisiete roces con la muerte, diecisiete instantes decisivos que podrían haber acabado en tragedia y, que por algún motivo, no lo hicieron.

Un parto que se complica más de lo normal, un avión que se despresuriza y cae en picado, una Maggie niña que se pierde en medio de la multitud, un casi atropello, un mar embravecido del que es imposible salir... Los 17 relatos de *Sigo aquí* son espeluznantes y, sin embargo, la sensación que tiene uno al leerlos es extrañamente positiva porque ya se sabe que ante la constatación de la fragilidad de la vida, uno se enamora más de ella. «Todo el

mundo ha tenido ese tipo de experiencias, son algo universal», explica O'Farrell, «lo que me interesaba es preguntarme cómo nos cambian y nos convierten en quiénes somos», añade. «Hay tantas mujeres que después de leer el primer capítulo del libro se han acercado para decirme que algo similar les había ocurrido volviendo a casa, en una parada de autobús, en una librería... yo siempre digo que si algo te parece raro, entonces es que es raro. Hay que hacer caso a ese instinto. En ese momento no pienses en ser amable, ponte a salvo».

En otro de los relatos, O'Farrell relata cómo estuvo a punto de morir mientras le practicaban



LIBROS

EL DÍA QUE ESTUVE A PUNTO DE MORIR

¿Qué es vivir sino evitar la muerte? La irlandesa Maggie O'Farrell repasa todas las veces que estuvo a punto de morir y no lo hizo en 'Sigo aquí', unas memorias estremecedoras

una cesárea después de un parto que se complicó durante varios días, así que el libro tiene, aunque sea involuntariamente, mucho de perspectiva de género por la sencilla razón de que un hombre no habría sufrido muchos de los roces de O'Farrell con la muerte por el mero hecho de serlo. «No escribí el libro con la intención de que fuera feminista, es simplemente que la realidad es la que es. Según las estadísticas, una de cada cuatro mujeres moría en el parto hace 200 años. Por eso los cuentos infantiles están tan llenos de madrastras».

En el libro, los tres hijos de



«Siempre he pensado que no soy la que escojo los libros que escribo, sino que de alguna forma ellos me escogen a mí», cuenta Maggie O'Farrell, que estaba escribiendo una novela sobre las últimas semanas de vida del hijo de Shakespeare, Hammett, que murió a los once años, cuando le salió 'Sigo aquí'.

O'Farrell son omnipresentes, aunque lo relatado suceda décadas antes de que naciesen. «Mi hija tenía seis años cuando un día me preguntó si podíamos ir a dar un paseo la dos solas por el campo. En ese momento pensé: tarde o temprano voy a tenerle que contarle lo que me ocurrió. Debe saberlo. Entonces me puse a pensar en cómo contárselo, porque las niñas a esa edad no tienen la más mínima idea de lo que les puede suceder, ni de lo que supondrá ir caminando por la calle a los 16, encontrándose con desconocidos que te acosan y te hacen proposiciones. Mi hijo adolescente de 16 años, sin ir más lejos, era completamente ajeno a ello hasta hace poco. Yo le decía: imagina que cada vez que te subes a un tren o un autobús o entras en un bar con tus amigos, un montón de señoras de 40 o más intentan sentarse a tu lado, iniciar una conversación contigo, invitarte a beber algo. Él se reía, le parecía ridículo, pero hace poco me confesó que había ido a un bar con unas amigas de su misma edad y vio por primera vez a un grupo de adultos molestándolas. Se sorprendió. Yo le dije: 'Eso pasa todo el rato'».

Sigo aquí reflexiona sobre cómo se transmite el instinto de supervivencia. ¿Deben los niños ser conscientes de la muerte y de que ésta acecha sin descanso? O'Farrell cree que hay que «equipar a los niños con lo necesario» pero ir poco a poco. «Tú eres el adulto, tú eres el que tiene que digerir el peligro, metabolizarlo, ellos tienen que estar libres de eso», opina.

Lo dice, además, siendo madre de un niño que padece anafilaxia, un trastorno del sistema inmunitario que hace que cualquier reacción alérgica de las

La escritora Maggie O'Farrell, la semana pasada en Barcelona.
SANTI COGOLLUDO

12 o 15 que sufre al año pueda matarla. El peligro está en todas partes: si se cae un huevo cerca de ella, si le pica una avispa,

si toca la mano de alguien que acaba de comer frutos secos, si entra en un guardarropía y hay un cacahuete olvidado en el bolsillo de un abrigo. Esa lucha cotidiana con la tragedia es lo que hizo que escribiera el libro. «Ser su madre significa estar constantemente pendiente de ella para evitar su muerte y traerla de nuevo a la vida. Pero ella es muy feliz, tiene una buena vida», dice intentando quitar hierro al asunto. Y concluye: «Siempre he pensado que no soy la que escojo los libros que escribo, sino que de alguna forma ellos me escogen a mí. Existe una necesidad de contar historias. Cuanto más sufres, más sabes, y si eres capaz de compartir todo ese conocimiento, ayudas a los demás».

